

PACIFICO

≡ MAGAZINE ≡

PRECIO
UN PESO



Doña Catalina de Erauzo, --- --- la monja Alférez

Por

A. DIAZ MEZA

El capitán de las guerras de Flandes, don Miguel de Erauzo.—Monjas y militares.—Un voto.—La pequeña Catalina.—A punto de profesar.—La fuga.—Fenómeno antropológico.—Juana de Arco y Catalina de Erauzo . . . , acortando las distancias.—Fé y Patria.—Al Arauco indómito.—El alférez Alonso Díaz Ramírez de Guzmán.—Hermana y hermano.—Purén, Paicavi, Arauco, Nacimiento.—En singular combate.—El castellano de Arauco don Guillén de Casanova y su teniente.—“Como el mejor de mis soldados caballeros”.—El padre Luis de Valdivia y el Gobernador don Alonso de Ribera.—Al Perú.—El esposo reclama a la esposa.—“... mi descanso es pelear”.—El combate naval del Callao, en 18 de julio de 1615.—A las puertas de la muerte.—El jesuita del Cuzco Luis Ferrer.—Secreto de confesión.—El obispo de Guamanga don Fray Antonio de Carabaxal.—Heroína y virgen.—Al claustro de Santa Clara.—Trece años de vida militar imprimen carácter.—El chambergo por las tocas.—A bordo del galeón “San José”.—En la corte de Su Sacra Real Majestad don Felipe III.—El alférez doña Catalina o don Antonio de Erauzo.—Su Santidad Urbano VIII.—“Aquí yace una mujer valerosa y cristiana”.—Conclusión.

Con ilustraciones de Pedro Subercaseaux.

Fué don Miguel de Erauzo, padre de la Monja Alférez, un soldado valeroso de las guerras de Flandes.

Por los años de 1575, sus progenitores, que eran hidalgos, obtuvieron que el joven Miguel ingresara a la Corte del poderoso Don Felipe II, en calidad de paje, en cuya gestión coadyuvaron un obispo guipuzcoano y un oidor de la Audiencia de Madrid, que gozaban de gran predicamento en Palacio. Con tan altos padrinos, el joven de Erauzo hizo carrera prontamente. Enviado a Flandes en una compañía de arcabuceros, ganó grado por grado su banda de capitán, peleando reio con los bravanzones. En un combate en Charleroi, salió herido y quedó imposibilitado para la guerra. Volvió a la Corte Madrileña en 1587, más o menos, y a poco se unió en matrimonio con doña María Pérez de Galarraga, dama noble oriunda de Vizcaya, retirándose después a la villa de San Sebastián, provincia de Guipuzcoa, donde fijó su residencia.

De este matrimonio nacieron ocho hijos: cuatro varones y cuatro hembras; estas fueron destinadas por sus padres al claustro, en cumplimiento de un voto que hizo don Mi-

guel de Erauzo cuando fué herido en Charleroi. Tal vez por el mismo voto fueron dedicados a la carrera de las armas los cuatro varones.

Las hijas de don Miguel fueron Isabel, Jacinta, María y Catalina de Erauzo, que es la mujer extraordinaria, cuya biografía nos hemos propuesto hacer. Las cuatro damas guipuzcoanas ingresaron al convento dominico de San Sebastián el Antiguo, fundado en esa villa en 1546 por don Alonso de Rodríguez, Consejero de Estado y Secretario del Emperador don Carlos V, Comendador de Extremadura de la Orden de Santiago.

La presente biografía de doña Catalina de Erauzo, o la Monja Alférez, la escribimos ateniéndonos a los documentos fehacientes que hemos encontrado en las obras de don José Toribio Medina, en las del coronel Odriozola, en la Historia del Padre Rosales, en las memorias que se dicen escritas por la propia doña Catalina y publicadas en 1828 en París, por don Joaquín María Ferrer, y en la relación verbal de sus hechos que hizo la Monja Alférez en 1624, cuando regresaba a España, después de 20 años de vida aventurera en América, publicada un año

después en Madrid (1625) por Ramón Fajardo.

Como entre los documentos fehacientes, como ser, partida de bautismo, certificaciones ante notario, presentaciones al Rey, providencias y cédulas reales y declaraciones de testigos, etc., y las relaciones de su vida publicadas por Ferrer y Fajardo, hay muchos puntos de contradicción, especialmente en fechas, nosotros hacemos esta biografía—que no pretende ni podría ser infalible—ajustándonos a la lógica de los acontecimientos y dándole preeminencia a los documentos oficiales sobre aquellas y otras relaciones acomodaticias que se han hecho por muchos autores, impresionados tal vez con la vida novelesca de esta mujer extraordinaria.

Doña Catalina de Erauzo y Pérez de Galarraga, nació en San Sebastián de Guipuzcoa,

como ya dejamos dicho, y en el año 1592; fué bautizada por el vicario Alvizúa el día 10 de Febrero, según consta de la partida que tenemos a la vista.

Cuando la niña tenía cuatro años de edad, su padre, en cumplimiento del voto que tenía hecho, la llevó al Convento de las dominicas, entregándola, por su tierna edad, al cuidado de la monja doña Ursula de Unza y Sarasti, prima hermana de don Miguel de Erauzo. La pequeña Catalina, como sus hermanas María, Jacinta e Isabel, entró, pues, a formar su corazón en el misticismo, no conociendo casi el amor maternal.

Aunque importaría saber algún detalle de la niñez de Catalina, a fin de vislumbrar sus tendencias ancestrales o atávicas, debemos abandonar ese deseo, por cuanto no hay otro dato de sus once años de vida conventual, que el que han dado sus biógrafos noveleros, como la "causa movens" que la decidió a huir del claustro.

Dicen éstos que a los quince años de edad nuestra heroína tuvo una reyerta con una monja profesa llamada doña Catalina de Alizi, quien, como era ya una mujer (había profesado siendo viuda), "la maltrató de manos", y que debido a esta "reyerta" la joven novicia determinó fugarse del convento, lo que efectivamente hizo el día 18 de Marzo de 1607. Nos permitimos disentir del motivo que dan los biógrafos noveleros, y creemos que la novicia fugó del convento porque "estando en el año de noviciado ya cerca del fin, para profesar" creyó que su vocación estaba muy distante de ser la de monja.

Estando las religiosas en el coro, a media noche del día citado, visperá de la fiesta de San José, Catalina de Erauzo



Cuadro del célebre pintor español, Francisco Pacheco.

zo fué a la celda de la Priora y tomó las llaves del claustro, con las que se franqueó la portería. Sin saber para donde ir, pues no conocía la ciudad, siguió a lo largo de las murallas circundantes del convento, y fué a parar a un bosquecillo que había cercano. Allí pernoctó y se ocultó dos o tres días, durante los cuales cortó y se hizo ropa de hombre con los hábitos y prendas monacales que llevaba puestas.

Una vez en traje masculino salió del bosque, y tomando el camino real, a veces, y a campo traviesa, otras, llegó a Vitoria, distante unas veinte leguas de San Sebastián. Allí se acomodó de sirviente, en casa de un licenciado Cerralta, que era casado con una prima hermana de doña María Pérez de Gallaraga, madre de la fugitiva. Al poco tiempo dejó este servicio y partió a Valladolid, asiento de la corte española, donde se acomodó en casa de don Juan Idiaguez, secretario de cámara del Rey Don Felipe III. El cortesano vistió a su nuevo paje con ricos trajes y lo tuvo siempre muy cerca de su persona. Doña Catalina había adoptado el nombre de Francisco Loyola.

Cierto día que Catalina estaba en una antesala, conversando con otro paje de servicio, vió llegar hasta allí a su padre, don Miguel de Erauzo, que pidió ver al secretario de cámara, su amigo. Al ser anunciado, don Juan de Idiaguez salió al encuentro de don Miguel y ambos se abrazaron efusivamente. Eran amigos desde la campaña de Flandes.

Entrados ambos a una salita particular, don Miguel contó a su amigo que su hija Catalina había abandonado el convento de las dominicas, y que se ignoraba su paradero; venía él a pedir favor a su amigo don Juan para que le ayudara a encontrar la fugitiva. Toda esta conversación la estaba oyendo doña Catalina, escondida detrás de unos tapiques, de modo que tan pronto como le fué posible salir de su escondite, fuése a su habitación, lió un poco de ropa, echóse a la faltriquera unos doblones que eran toda su fortuna, y saliendo de Palacio pernoctó en casa de un arriero que al día siguiente tenía que salir para Bilbao.

En esta ciudad no halló pronto acomodo, y a los pocos días se arregló con otro arriero que iba para Estella de Navarra. Aquí entró al servicio de don Carlos de Orellana, caballero de Santiago, en calidad de paje, y estuvo con él hasta entrado el año 1608.

Parece lógico suponer que doña Catalina estuviera temerosa de que su padre, ayudado por la alta influencia de su amigo don Juan de Idiaguez,—lograra descubrir su paradero. Temería, y con razón, la fugitiva, al duro castigo que habría de imponerle su padre, que no podría ser otro que restituirla al convento y hacerla profesar.

¿Pensó alguna vez doña Catalina volver al hogar paterno y echarse a los pies de sus progenitores? Se nos ocurre que sí, por el episodio que vamos a referir.

Estando "muy a su gusto" al servicio de don Carlos de Arellano, se despidió de él un buen día y partió a San Sebastián, su ciudad natal. He aquí cómo relata su estada en la ciudad, el manuscrito atribuido a doña Catalina y publicado por Ferrer en 1823:

"... pasé a San Sebastián, mi patria, y me estuve sin ser de nadie conocido; bien vestido y galán; un día oí misa en mi convento, la cual oyó también mi madre, y ví que me miraba y no me conocí; acabada la misa, unas monjas me llamaron al coro, y yo, dándome por entendido, les hice muchas cortesías y luego me fui."

La relación publicada por Luis Fajardo en 1625, como hecha por la propia doña Catalina, pero escrita por un tercero, dice a este respecto:

"Desde entonces se volvió a su misma tierra y estubo en ella ocho días y oyó muchas veces misa delante de su madre, y otras veces en el convento de donde había salido, y que por estar bien vestido en hábito de paje, le solían llamar las monjas, mas ella no quería llegar por no ser conocida."

Por su parte, el padre de don Diego de Rosales, en su Historia de Chile, dice lo siguiente, refiriéndose a este episodio de la vida de la Monja Alférez:

"y de allí se fué a su propia tierra de San Sebastián, que quiso el soplo del divino amor hacerla arribar como navecilla perdida al puerto de salvación. Fué a posar a la casa de una tía suya enfrente de las casas de sus mismos padres y allí estuvo tres meses luchando con sus mismos pensamientos y resistiendo a la divina inspiración que la movía y apretaba la conciencia para que se diese a conocer e hiciera penitencia, volviéndose como hijo pródigo a casa de su padre. Más ¡oh resistencia del corazón humano! por más toques que tuvo no quiso abrir las puertas al arrepentimiento y huyendo de sí misma se fué a embarcar a Cádiz, desembarcó en Puerto Bello (América) y fué a parar a Trujillo, en el reino del Perú..."

Antes de pasar adelante y con el propósito de no interrumpir después nuestro relato

con disquisiciones, creemos necesario apuntar que las relaciones de Fajardo y de Ferrer, por sus muchos puntos de coincidencia, petición no dejan la impresión de autenticidad lo menos, la última es una copia más alargada con detalles y aventuras que por su repetición no dejan la impresión de autenticidad y hacen monótona la novela, a pesar de estar escrita con cierta facilidad y hasta elegancia.

Además, las fechas que dan Fajardo y Ferrer no coinciden con los documentos que existen ni con los hechos históricos en que participó la Monja Alférez; sin poner en duda que doña Catalina de Erauzo haya narrado efectivamente sus aventuras al autor del escrito publicado por Fajardo, no es posible aceptar que el autor haya traducido fielmente la relación, ni menos aún que las memorias publicadas por Ferrer sean "de puño y letra de la heroína", como pretende el bibliógrafo español.

Por ejemplo: Ferrer y Fajardo atribuyen a una "reyerta con una monja" el motivo de que doña Catalina abandonara el claustro. El Padre Rosales, en cambio, parece que no atribuye a aquel motivo la fuga de la novicia. Desgraciadamente, el manuscrito de su "Historia de Chile" está roto en esa parte, y sólo se pueden leer las siguientes palabras, al respecto:

"...continuamente de... profesa en su clausura, y... con muy buena nota; y... hasta que al cabo de este... una pesadumbre con otra..."
 "Doña Catalina... vino a cargar una pesadumbre y sentimiento tal, que dejándose llevar de una vehemente tristeza y tentación se salió del monasterio y para ponerlo en ejecución, aguardó una noche, etc."

Por su parte, la propia Catalina, en su representación de servicios al Rey, a su vuelta de América, afirma, de su puño y letra:

"Señor: El alférez doña Catalina de Erauzo, vecina de San Sebastián, etc. dice: que en tiempo de diecinueve años a esta parte, los quince los ha empleado en servicio de V. M. en las guerras de los Reyes de Chile e Indias del Perú, habiendo pasado a aquellas partes en hábito de varón por particular inclinación que tuvo de ejercitar las armas en defensa de la fe católica y emplearse en servicio de V. M.", etc. etc.

Entre la firma de la interesada, ante el Rey y la del Padre Rosales por un lado, y la afirmación de dos manuscritos anónimos o apócrifos creemos que no cabe dudar.

Una vez llegada a Trujillo, doña Catalina entró al servicio de un mercader llamado don Juan de Urquiza, a quien ayudó fiel y eficazmente, dando pruebas de mucho talento comercial. Llegó a tal punto la confianza que depositó en ella el comerciante, que necesitando hacer un viaje a Lima, dejó a doña Catalina en Trujillo a cargo de todos sus negocios y con una tienda de mercaderías avaluadas en ciento treinta mil pesos, de los que rindió cuenta con toda corrección.

Mientras que su principal andaba en Lima, le ocurrió a doña Catalina que un señor de apellido Reyes la provocó mientras estaban ambos en una función de teatro. Reyes creyó probablemente que un muchacho como aparecía la novicia, (tenía 16 años), no sería capaz de defenderse y lo insultó; la ofendida abandonó el local, buscó y ciñó una espada por primera vez, compró un puñal, y al día siguiente, cerrando la tienda, se dedicó a buscar a su ofensor, al que encontró frente a una iglesia y le provocó de hecho. Salieron a relucir las espadas y por primera vez la novicia ensangrentó sus manos, hiriendo gravemente a Reyes en la cara y en un costado.

Por primera vez también, doña Catalina pisó el suelo de un calabozo.

Sabedor su patrón Juan de Urquiza de la desgracia que le había ocurrido a su fiel servidor, llegó rápidamente a Trujillo, y como era un personaje bien relacionado en la ciudad, consiguió, después de algunos trajines, ponerlo en libertad; pero a fin de no exponerlo a la venganza de Reyes, determinó, con mucho sentimiento suyo, que tomara el camino de Lima, enviándolo con cartas para varias personas, y especialmente para un comerciante llamado Diego Solarte, en cuya casa quedó alojado.

Parece que Solarte tomó "celos" (?) del joven Loyola (se recordará que Francisco Loyola había sido el nombre que adoptara doña Catalina cuando, recién fugada del convento entró al servicio del Licenciado Cerralta). El comerciante limeño tenía una cuñada moza de 18 años, con quien gustaba retozar muy a menudo el nuevo dependiente; en la creencia de que tal vez los mozos podían enamorarse, Solarte previno a doña Catalina que no era de su agrado que tratase con intimidad a su cuñada... El mozo no recibió con buena cara la prevención de su amo y respondió que inmediatamente dejaba su ser-



vicio. Por más que insistió Solarte, doña Catalina no volvió atrás en su resolución.

En esa época, que debió ser en la segunda mitad del año 1608—estaba en la capital del Perú el capitán maestre de campo don Diego Bravo de Saravia, nieto de don Melchor Bravo de Saravia, que había sido oidor de la Audiencia de Lima y después Gobernador de Chile hasta 1575—levantando tropas para traerlas de refuerzo a Chile, donde la guerra de Arauco estaba en todo su apogeo con el cacique Pelentaru a la cabeza.

Doña Catalina no vaciló un instante, y despreciando las insistentes ofertas de Solarte, se alistó en el ejército de Bravo de Saravia, que ya estaba pronto a partir en seis galeones, con el nombre de **Alonso Díaz Ramírez de Guzmán**. Por fin iba a cumplir su particular inclinación de “ejercitar las armas en defensa de la fe católica y emplearse en el servicio de Su Majestad”.

Los galeones llegaron a Concepción en un viaje feliz de veinte días, desde el Callao. Este fué tal vez uno de los récords de navegación en aquella época en la cual lo corriente era emplear en ese viaje de dos a cuatro meses.

Gobernaba entonces en Chile el general don Alonso García Ramón y servíale de secretario, o ayudante de órdenes, el capitán

don Miguel de Erauzo... hermano de nuestra heroína.

Fondeados los galeones en la bahía, el gobernador ordenó el desembarco de la tropa, la cual, una vez formada en tierra, fué pasada en lista por el capitán Erauzo.

He aquí cómo refiere doña Catalina esta escena:

“Tomó la lista de la gente, fué pasando, preguntando a cada uno su nombre y patria; llegando a mí y oyendo mi nombre y patria soltó la pluma y me abrazó, me fué haciendo preguntas por su padre, madre, hermanos y por su hermanita Catalina la monja...; fui a todo ello respondiendo como podía sin descubrirme ni caer él en ello”.

El capitán don Miguel de Erauzo, según los manuscritos, se había venido a las Indias cuando Catalina contaba sólo dos años de edad, de manera que ésta no lo conocía, pero sabía que vivía en América, aunque no su residencia.

Terminada la lista, los soldados fueron requiriendo sus capitanes para partir a sus destinos, o sea, a los diferentes fuertes disseminados en Arauco. Doña Catalina quedó en la compañía del capitán Gonzalo Rodríguez, destinada al fuerte de Paicavi, uno de los más peligrosos.

Por la simpatía que la novicia, o sea el soldado Alonso Díaz Ramírez de Guzmán,

había provocado a su compatriota el capitán Erauzo, éste pidió y obtuvo del Gobernador que el soldado no fuera a Paicaví, sino que quedara en la Concepción como su asistente. Allí estuvo algún tiempo, hasta que por ciertas desavenencias con su hermano, según los manuscritos de Ferrer y Fajardo, fué enviada al fuerte de Paicaví, a las órdenes nuevamente del ya nombrado capitán Rodríguez.

Es curiosa la forma cómo explican los citados manuscritos la desavenencia con el capitán Erauzo.

"Fuí con él algunas veces a casa de una dama que allí tenía y de ahí algunas otras me fuí sin él; él alcanzó a saberlo y concibió mal; díjome que allí no entrase; acechóme y me cogió otra vez; esperóme, al salir me embistió a cintarazos y me hirió en una mano: fuéme forzoso defenderme y al ruido acudió el capitán Francisco Aylón y metió paz..."

Desde este incidente empieza de lleno su vida guerrera doña Catalina de Erauzo, con el nombre de Alonso Díaz, que ya no abandonó hasta que descubrió su sexo, diez o doce años más tarde, en el Perú según verá a su tiempo el lector.

El fuerte y presidio de Paicaví estaba situado en la región de Purén, en la cordillera de Nahuelbuta. Era esta parte de Arauco la más soliviantada y soberbia; los españoles que asistían a estos fortines tenían que vivir con las armas en la mano porque los indígenas, en grandes ejércitos, acechaban el menor descuido de los castellanos.

Fué en esta región—llamada el cementerio de los españoles—donde los araucanos infringieron a los conquistadores sus más grandes derrotas; basta recordar los desastres de Tupapel y Marihueñu.

Al llegar a Paicaví, doña Catalina entró con entusiasmo a desempeñar su oficio de soldado. Su primer combate debió tenerlo con algún grupo de indios que la ronda—cuatro soldados—encontrara emboscados en los alrededores del fuerte. En esos años—que debieron ser los de 1609 y 1610—gobernó el reino de Chile García Ramón, hasta su fallecimiento en agosto de este último año y dejó en su lugar a don Luis Merlo de la Fuente. Los indios habían tenido una serie de victorias que los tenían ensoberbecidos. A fi-

nes de 1610, el gobernador suplente ordenó al maestre de campo Bravo de Saravia que juntara toda la gente que pudiera y organizara una batida en regla contra los indios de Valdivia, que habían arrasado la ciudad. En esta partida se contó entre los primeros al soldado Alonso Díaz.

Empeñada una gran batalla, los araucanos, al mando de Añavilu, atacaron tres veces a las tropas españolas, siendo destrozados; pero a la cuarta vez y con grandes reservas que tenían dispuestas, arrollaron a los conquistadores, cansados ya de tan larga pelea.

La compañía del capitán Gonzalo Rodríguez,—cuyo alférez iba escoltado por cuatro soldados para la defensa de la bandera,—entró a lo más recio del combate para preparar la retirada de los restos del destrozado ejército español. Añavilu vió el juego y con sus propias tropas atacó al escuadrón de Rodríguez con un empuje irresistible. Uno de los caciques se abalanzó hacia el grupo que formaban el alférez y su escolta y con un golpe audaz arrebató de manos del oficial la bandera de la compañía, al mismo tiempo que la indiada lo derribó de su caballo.

Al ver su bandera en poder del enemigo y a su alférez muerto, doña Catalina, encabezando la escolta, se arrojó en medio de la avalancha indígena, espada en mano, abriéndose paso por encima de los caídos y de los combatientes, para reconquistar la enseña. Un indio le dió una lanzada en el hombro izquierdo; la hirió, pero no logró arrojársela del caballo; sus compañeros fueron cayendo uno a uno, hasta que doña Catalina quedó sola; tuvo sin embargo un momento afortunado en que dió alcance con una estocada al indio raptor y lo mató; cogió el pendón y dando grupas a sus enemigos, fué a reunirse con los restos de su compañía. En el mismo campo de batalla, el capitán Gonzalo Rodríguez la nombró alférez y luego fué confirmada en el empleo por el maestre de campo Bravo de Saravia.

He aquí el relato de esta hazaña que hace el manuscrito de Ferrer:

"... nos mataron mucha gente, capitanes y a mi alférez y se llevaron la bandera."
 "Viéndola llevar partimos detrás de ella yo y dos soldados de a caballo, por medio de la gran multitud, atropellando, matando, y recibiendo daño: en breve cayó muerto uno de los tres: proseguimos los dos; llegamos a la bandera, cayó de un bote de lanza mi compañero: yo recibí un mal golpe en una pierna, maté al cacique que la llevaba y quitécela; apretando con



“mi caballo, atropellando, matando, hiriendo, pero mal herida yo, pasada de tres flechas, y una lanzada en el hombro izquierdo. Llegué al fin a mucha gente y luego caí del caballo.”

Después de este glorioso hecho de armas, doña Catalina quedó en receso durante cuatro o cinco meses curándose sus heridas en la Concepción, donde residía su hermano Miguel, con quien reanudó sus interrumpidas relaciones. El gobernador Merlo la visitó varias veces para imponerse de su salud y la hizo confirmación de su empleo de alférez.

Cuando ya estuvo completamente restablecida, la Monja Alférez pidió ser enviada a su compañía, pues manifestaba deseos vehementes de emplear de nuevo sus armas en la guerra.

La compañía del capitán Gonzalo Rodríguez había pasado a guarnecer el fuerte de Purén, cercano al de Paicavi, que fué abandonado por las tropas cristianas poco después de la derrota de los campos valdivianos. Allí se dirigió la Monja Alférez—probablemente a mediados de 1611—encabezando un pequeño refuerzo, de 25 soldados que el gobernador enviaba a los defensores del fuerte.

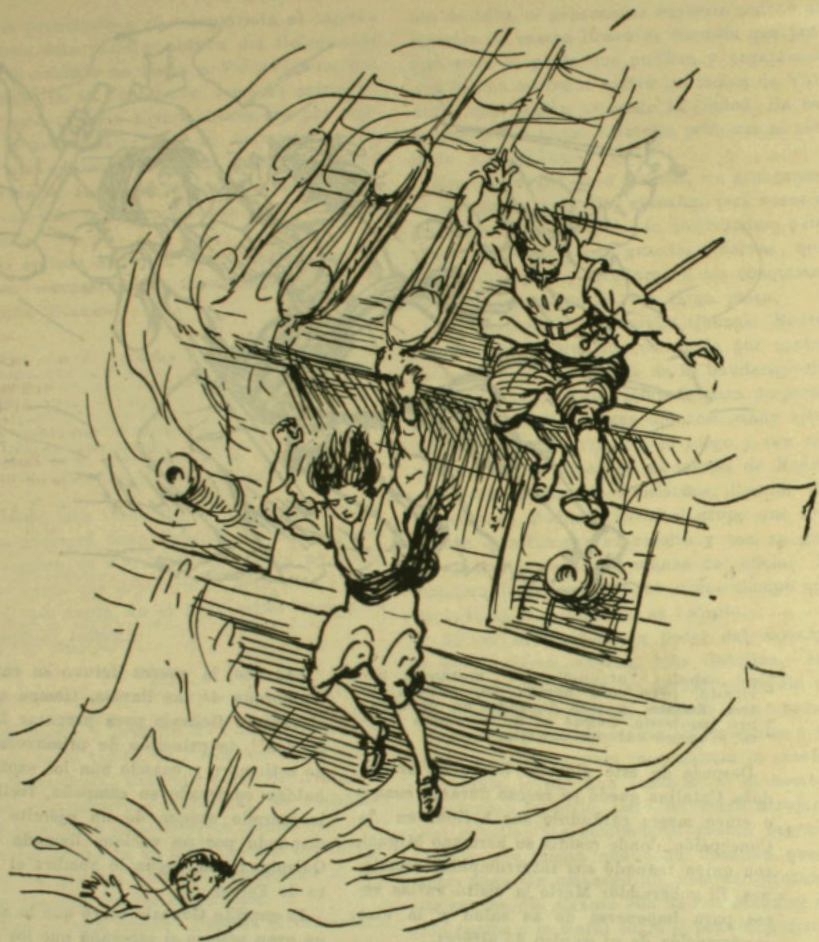
Llegados a Purén, el nuevo alférez Alonso Díaz Ramírez de Guzmán tomó posesión de su cargo.

Ese año, la guerra detuvo su curso en la temporada de las lluvias, tiempo que ocupó el capitán Gonzalo para preparar las “campañas” de principio de primavera. A fines de setiembre y cuando aún los españoles no habían empezado su campaña, recibieron un inesperado ataque de un ejército indígena, mandado por un cacique llamado Francisco Quispiguancha, según lo nombra el manuscrito de Ferrer.

El capitán Gonzalo creyó que lo amenazaba un gran peligro si esperaba que los araucanos consolidaran sus posiciones frente a la fortaleza, poniéndole sitio; de modo que determinó salir a presentarles batalla campal.

Durante la noche hizo todos sus preparativos y al rayar el alba cayó sobre el ejército de Quispiguancha, creyéndolo despreocupado; pero incurrió en un error lamentable: los araucanos estaban preparados y presentaron resistencia tan enérgica, que a las ocho o nueve de la mañana el capitán español tocó retirada.

Al darse cuenta de esto, el general araucano trató de ganar las entradas del fuerte y prodújose con este motivo un combate sangriento que costó la vida al capitán Gonzalo Rodríguez y a una docena de soldados, amén de los muchos heridos. Muerto el capitán, to-



mó el mando de la compañía la Monja Alférez y se condujo con tal acierto, audacia y valentía, que logró ganar las puertas del fortín y guarnecer en él a la amagada tropa que estaba en peligro de ser completamente destrozada.

La Monja Alférez era ya capitán y gobernador de un fuerte y presidio. Su carrera, como se ve, era afortunada, rápida y hasta gloriosa; a esa fecha contaba apenas veinte años, según la partida de bautismo que hemos citado al principio.

El cacique Quispihuancha puso sitio a la plaza de Purén y la amagó durante seis meses. Los sitiados se encontraban en una situación que se iba haciendo día por día más peligrosa, porque como los víveres mermaban,

la moral de la tropa iba en camino de relajamiento. La Monja Alférez dió pruebas, en esta ocasión, de gran tino y prudencia en el trato y manejo de sus soldados; estableció una disciplina estricta sin abusar de su poder omnímodo y llegó a tener la confianza, el respeto y el cariño de sus subordinados.

En el mes de marzo de 1612, o sea a entrada del invierno, doña Catalina resolvió forzar el cerco araucano y abrirse paso para despachar correos a Concepción pidiendo auxilios para sus soldados. Tomaba esta determinación en vista de que entrada ya la época de las lluvias, sería mucho más difícil que llegaran refuerzos que vinieran a salvar la vida de los sitiados y el fuerte mismo.

Organizado el ataque, la Monja Alférez

lo fué poniendo en práctica como si fuera un avezado militar. Dividió sus hombres en varios grupos y los mandó atacar por las distintas partes que de antemano les había señalado; ella misma dirigió el combate, reservándose un grupo o escolta con la cual participó en la batalla en el momento que creyó decisivo. Aunque el resultado final no fué una victoria completa para los españoles—que hubieron de guarecerse otra vez dentro del fuerte—este encuentro tuvo una particular ventaja para ellos, que fué la prisión y la muerte del caudillo indígena Quispihuancha.

Cuenta el manuscrito de Ferrer, y en esto están acordes Fajardo y Rosales, que en medio del combate doña Catalina vió al jefe indio que animaba a su gente desde una pequeña altura. Inmediatamente la Monja corrió hacia él y cruzó sus armas con el araucano en singular combate; se defendió el indio con bravura y aún asestó a la heroína un golpe de lanza que ésta barajó con su rodela; pero seguidamente doña Catalina aplicó a su rival un cintarazo en la cabeza que lo arrojó del caballo. La Monja y los suyos recogieron al vencido y tocando retirada se metieron dentro del fortín. Al día siguiente, el cuerpo del cacique Quispihuancha se balanceaba de una horca levantada expreso en la plazoleta del fortín, para que fuera visto por los indios.

Los correos de doña Catalina lograron romper el sitio y llegaron a la Concepción a dar parte de los prolongados sufrimientos de los sitiados de Purén.

Recibió a los correos el nuevo gobernador de Chile enviado por el Rey, don Alonso de Ribera, quien, consultando el caso con el padre Luis de Valdivia, asesor real, determinó que la guarnición de Purén abandonara el fuerte, y se retirara a otro más lejano de los campos de Arauco. Las órdenes que traía el nuevo gobernador eran terminantes en cuanto a que la pacificación de la Araucanía no debería proseguirse a filo de espada, sino con la predicación del Evangelio. Y para eso, Su Majestad había enviado, junto con el gobernador, al Padre Luis de Valdivia con un buen grupo de misioneros.

Una semana después de la batalla de Purén, llegaron a Concepción otros dos emisarios de doña Catalina, con el encargo de dar cuenta al gobernador de la ejecución del cacique Quispihuancha, conceptuado como uno de los más peligrosos caudillos del gran alzamiento que prendía y devoraba toda la tierra de Arau-

co. Creyó la Monja Alférez que este hecho iba a merecerle un premio, y así habría sido si prevaleciera en el gobierno la opinión de los militares; pero como por sobre esa opinión estaba la autoridad del Padre Valdivia, condenatoria de toda violencia contra los indios, la valerosa alférez monja recibió orden de entregar el mando de la compañía a un capitán Casadevante, enviado en su reemplazo. También hubo de dejar esa alferecía, pero conservó el empleo, pasando al fuerte de Arauco. a las órdenes del capitán Guillen de Casanova, llamado en los documentos que nos sirven de consulta, "el castellano de Arauco" . . .

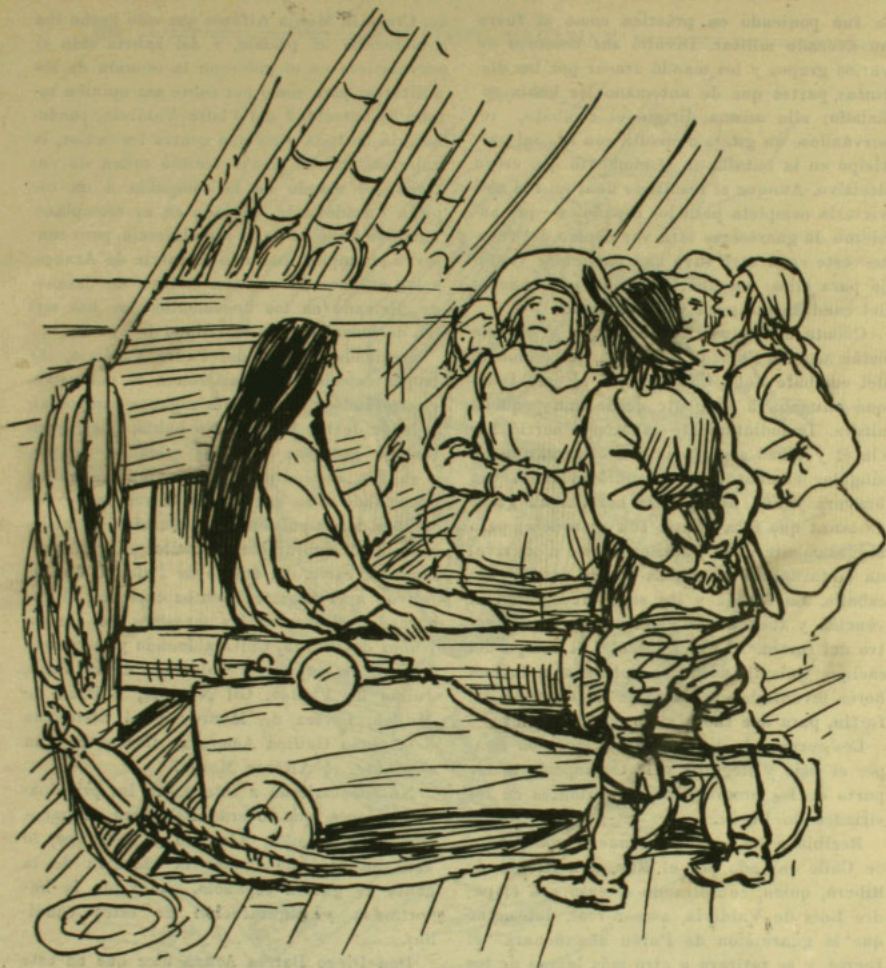
Siguiendo el plan del Padre Valdivia, las tropas españolas se pusieron a la defensiva, concretándose a mantener algunos campos alrededor de los fuertes. No había, pues, gran trabajo guerrero para los soldados, porque, a su vez, los indios se mantenían tranquilos dominando a su sabor toda la región.

Para dar impulso a la pacificación, el misionero ideó celebrar con los indios un gran parlamento, cerca del fuerte de Paicaví. Concurrieron a él unos trescientos caciques, el gobernador Ribera y los maestros de campo, Núñez de Pineda, Cid Maldonado y Gerónimo Peraza, los capitanes Galdamez de la Vega, Julián de Ugalde, Gil Negrete, Buitrón de Mujica, Cortez de Monroy y el castellano de Arauco Guillen Asmes de Casanova y su ayudante, el Alférez Monja.

No concurrieron a esta junta los principales caciques, que lo eran Pelentaru, Anganamón, Guaiquimilla, Ainavilu y Tereulipe, lo cual no dejó de llamar la atención de la gente de guerra española, que sabía la importancia y significación de estos caudillos.

Don Diego Barros Arana dice que en este parlamento el Gobernador Ribera abrazó a cada uno de los caciques, en demostración de paz y amistad. . . y que prometió, en nombre del Rey, que los españoles no atacarían más a los indígenas. A pedido de uno de los asistentes—el cacique Utablame—fué mandado destruir, ese mismo día, en señal de paz, el fuerte de Paicaví.

Por parte de los indios, la única concesión que obtuvieron los españoles, fué la de que permitirían a tres de los misioneros, internarse en sus tierras para predicarles la doctrina cristiana. Pues bien, cuando los religiosos padres Aranda, Vechi y Montalban, habían penetrado hasta el valle de Elieura, se



presentaron Anganamón y Tereulipe, a la cabeza de un gran ejército y lancearon horrosamente a los misioneros.

Esta horrible tragedia determinó al gobernador Ribera a abandonar y desobedecer todos los planes pacifistas del padre Valdivia, a pesar de las terminantes órdenes del Rey. Llamó a su maestro de campo don Alvaro Núñez de Pineda y le ordenó que eligiendo los mejores y más valientes oficiales y soldados organizara una serie de aquellas famosas "campesadas" que eran algo peor que las guerras primitivas de los antiguos, con las que no había cuartel.

La compañía de don Guillén de Casanova,

compuesta de noventa hombres, dió a la "campesada" cincuenta y ocho soldados escogidos: uno de los primeros fué el alférez Alonso Díaz Ramírez de Guzmán, la monja. No es nuestro ánimo contar esa guerra de horrores, de matanza, de incendio, y de tala de campos y sembrados. Si los araucanos fueron arrasados, los españoles tuvieron que pagarlo con mucho heroísmo. Don Guillén de Casanova, hablando un día con el gobernador Ribera, dijo, recordando las hazañas de los suyos y especialmente de la Monja Álférez: "Aséguro a vuesamerced, que el alférez Díaz peleó como el mejor de mis soldados caballeros."

Terminada esta campaña punitiva que duró dos meses, la guerra se paralizó por orden del virrey del Perú Marqués de Montesclaros, quien dijo haber necesidad de consultar al Monarca respecto del conflicto suscitado entre el Gobernador Ribera y el Padre Valdivia. El Alférez Monja pidió entonces ser trasladado a Concepción, ya que no había en qué emplear las armas, en el fuerte de Arauco. Le ayudó eficazmente a obtener este traslado el capitán Miguel de Erauzo, su hermano, que, a lo que parece, todavía continuaba de ayudante de la Gobernación. Doña Catalina fué destinada a la compañía del capitán Don Francisco Pérez de Navarrete, guarnecida en la Concepción.

No podríamos decir la fecha en que salió de Chile Doña Catalina de Erauzo, ni los motivos que la indujeron a volver al Perú. Lo que aparece claro en los documentos fehacientes, es que a fines de 1612 estaba ella en Potosí y tomó parte principal a favor de su rey, en el alzamiento que provocó en aquella ciudad un caudillejo llamado Alonso Yáñez, o Ibáñez,—que con ambos apellidos se le nombra en los documentos.

Según los manuscritos de Ferrer y de Fajardo, atiborrados de aventuras inverosímiles, Doña Catalina habría salido de Chile huyendo de la justicia por haber dado muerte a varias personas, entre las cuales apuntaremos nada más que dos: al auditor general de guerra de Concepción, un tal Franciseo Perdome (?)—cuyo nombre, a pesar de su alto oficio no aparece en Barros Arana,—y a su hermano (!) Don Miguel de Erauzo. Pero, aparte de la inverosimilitud de estos crímenes—que no habrían podido quedar impunes—tenemos a la vista documentos auténticos para afirmar que la Monja, o sea el Alférez Alonso Díaz salió de Chile por el camino de Tucumán, con dirección al Perú, licenciada por el Gobernador Ribera.

Como ya dijimos, el alférez monja tomó parte a favor del rey en el alzamiento de Ibáñez, en Potosí y al mando del capitán Juan Recio de León. Ahorcados Ibáñez y sus cómplices, el capitán Recio pidió licencia para levantar tropas y pasar a conquistar las tierras de Chuncos y Dorado (Río del Oro) para las cuales pidió ser nombrado teniente gobernador. En su compañía llevó, en calidad de ayudante, a la Monja Alférez, la

cual, como en Chile, supo ganar fama de valerosa, audaz y emprendedora. El Gobernador Recio la hizo teniente del sargento mayor, o maestro de campo D. Bartolomé de Alba, en cuyo puesto se comportó en la forma que puede verse, leyendo la siguiente información firmada para S. M. Don Felipe III, por el propio teniente gobernador D. Juan Recio de León:

“Certifico... que llegó a mí el alférez Alonso Díaz Ramírez de Guzmán, deseoso de continuar sus servicios a V. M., pidiéndome que le admitiese en mi compañía y le asenté plaza en ella por haber conocido a dicho alférez en el Reyno de Chile haciendo su deber como el más valeroso y honrado soldado... y luego que asenté plaza en mi compañía, conociendo su industria le ocupé en la conducción de junta gente de servicio para entrar a la conquista de dichas provincias de Tipoañ y Chuncos en Paitit y el Dorado... y ansimismo acudí a despachar bastimentos... municiones, herramientas y otros pertrechos, para la facción y efecto que había menester, y acudí como soldado honrado, a mi satisfacción... por ser uno de los más confidentes de mi compañía... por haberle visto acudir con esfuerzo varonil a todas las cosas que se le encargaban en la milicia y con mucha virtud y limpieza... etc.”

Parece que el virrey. Montesclaros no autorizó, poco después, el avance de la expedición del descubridor Recio de León sobre los territorios Chuncos y Dorado, porque hemos encontrado noticias de que sus soldados y capitanes se volvieron a “poblado de cristianos” cada uno por su lado.

Doña Catalina volvió a Charcas y allí se acomodó con el comerciante Juan López de Arquijo quien—según los manuscritos,—le entregó cinco o diez mil “llamas” y dinero para que hiciera negocios de compra de trigo y frutos de la tierra. Si esto es verdad, no hay duda que este Juan López de Arquijo, ha podido ser aquel Juan de Urquiza que en 1607 fué su amo en Trujillo y que le manifestó un acendrado cariño por la lealtad y la honradez con que la joven Catalina administró sus negocios.

Aquí se pierde nuevamente la ruta de la Monja; al atenernos a las páginas de Ferrer y de Fajardo, durante este tiempo, hasta mediados de 1615, el Alférez Díaz Ramírez de Guzmán fué un perdulario, camorrista, perdonavidas, jugador, espadachín y asesino. En estos dos años, según la novela, el Alférez monja cometió, mal contados, cinco asesinatos, ocho cuchilladas, originadas en la mesa de juego; estuvo dos veces condenada a muer-

te (!), una de ellas con el cordeí en el pescuezo; presa una docena de veces, y por último, condenada a "diez años de Chile..."

Hay un pequeño intervalo en que se cree encontrar de nuevo a Doña Catalina; el manuscrito afirma que el alférez Díaz se encontró en el combate naval que ocurrió en el Callao, el 18 de julio de 1615, entre la escuadra del almirante holandés Jorge Spilberg y la española que defendía el puerto al mando de Don Rodrigo de Mendoza.

Recordábamos haber leído en Don Ricardo Palma una noticia en la que aparecía como uno de los salvados de ese desastre español, "la célebre Monja Alférez". Pero revisado el caso, vemos que no es efectivo y que la noticia del célebre tradicionalista peruano, está tomada, como otras, del manuscrito de Ferrer.

Quién se encontró en ese combate fué Don Miguel de Erauzo, hermano de la monja. Así lo afirma ella misma en su presentación al Rey, haciendo valer en favor de ella, no sólo los servicios de este hermano, sino que también los de Domingo y Francisco de Erauzo, que fueron acreditados capitanes en esta parte de la América.

Aunque no se sabe el motivo preciso que determinó a Doña Catalina a descubrir su sexo, debemos aceptar que él fué muy poderoso.

Los manuscritos afirman sencillamente que fué en "artículo mortis", debido a unas graves heridas que recibió durante una pendencia con un soldadote matón que era un "hom-bre moreno, belloso, muy alto que con su "presencia espantaba y que llamaban el "Nuevo Cid", en la ciudad del Cuzco. Esta pendencia, según Ferrer, empezó en una casa de juego y fué a terminar en la puerta de la iglesia de San Francisco, donde murió el Cid. Doña Catalina quedó con heridas mortales; vino el padre Luis Ferrer, y viéndose morir, la monja reveló su sexo y estado, en secreto de confesión.

El manuscrito hace sonar todavía a Doña Catalina, escaparse de la justicia cuzqueña y continuar en su vida de aventuras... Baste decir que en el breve espacio de cuatro días, la monja quita la vida a un alguacil, a un corregidor y a tres negros polizontes! y sólo se rinde ante la majestad de un obispo, el de Guamanga, que le pide su espada. Ante ese

mismo prelado confiesa sus pecados y termina:

"...señor, todo lo que he dicho antes a "su ilustrísima, no es así; la verdad es "ésta: que soy una mujer, que nací en tal "parte, hija de fulano y zutana; que me "entraron en tal edad en tal convento, con "fulana mi tía; que allí me crié; que tomé "el hábito; que tuve noviciado; que estau- "do para profesar por tal ocasión me sali; "que me fui a tal parte, me desnudé, me "vestí, me corté el cabello; partí allí y "acuélla, me embarqué, aporté, trajiné, ma- "té, herí, malé, correté, hasta venir a "parar en lo presente, y a los piés de su "señoría ilustrísima." (1)

El manuscrito de Fajardo concuerda en sus partes principales con el de Ferrer, en este punto, como en muchos; pero el Padre Rosales, en su Historia de Chile, afirma que la monja alférez, "herida gravemente en los combates contra los indios chunco"—en aquella expedición que encabezó el capitán Recio de León hacia el Dorado—partió Doña Catalina al Cuzco, confesó y reveló su sexo al Padre Ferrer, y gestionó su vuelta al claustro.

Dice el Padre Rosales:

"... ella peleó varonilmente... de que "sacó dos heridas de que estubo a la muer- "te: la una de un flechazo que le pasó por "encima de los pechos de banda a banda " (1) y la otra en el brazo derecho... Co- "mo se vió herida comenzó a suspirar sus "desaciertos y respirar alientos de vida. "acordándose de su Dulce Esposo... y "entre temores y desconfianzas se fué al "Cuzco determinada a entrar en un con- "vento. Confesóse con el padre Luis Fe- "rre de lo que tenía gran necesidad; de- "claró su estado, su vida y sus deseos "de volverse a Dios; el padre la animó "ofreciéndole su ayuda... etc., etc."

Por su parte, Doña Catalina, en su representación de servicios al rey, no se refiere a este interesante episodio de su vida; y en cuanto a los capitanes bajo cuyas inmediatas órdenes sirvió, en Chile y en el Perú, tampoco dicen gran cosa a este respecto; pero es conveniente citarlos.

Don Luis Céspedes Xeria, capitán de infantería en Chile, dice que "le consta que el alférez Catalina de Erauzo se halló en Chile en muchas batallas y en la de Puren, donde salió mal herida; la conoció en hábito de varón y tengo entendido que en el Perú se descubrió de mujer, y al presente está en esta Corte, etc."

El capitán D. Francisco Pérez de Nava-

(1) No necesitamos llamar la atención del lector hacia la galanura literaria de este párrafo del manuscrito de Ferrer.

rete. "... y siendo yo capitán del presidio del Callao el año pasado de 1623 la ví en Lima, en hábito de mujer, que se había descubierta, y fué cosa muy notoria, que le llamaban la monja de Chile... etc."

El capitán Juan Cortés de Moaroy, afirma que la conoció en Chile "como hombre de mucho valor y salió con licencia del Gobernador Ribera y se fué al Perú, donde he sabido que por unas heridas de muerte que tuvo, ella misma se descubrió ser mujer y al presente se halla en esta Corte... etc."

Y por último, el maestre de campo Juan Reio de León, el descubridor y conquistador de Chuñcos y Dorado, dice que conoció "al dicho alferéz en las guerras de Chile haciendo su deber... y al poco después de asentar plaza en mi compañía en el Perú, habiendo cumplido todo lo que se le ordenó hacer en el Cuzco, tuve noticias que se quedó en la ciudad de Guamanga donde por causas que a ello le movieron descubrió ser mujer al obispo de la dicha ciudad de Guaman-ga, etc."

En lo ocurrido, una vez que el obispo de Guamanga Don Fray Agustín de Carvajal tuvo informes juramentados de que el alferéz "era mujer y virgen intacta como el día en que nació" como discretísimamente lo establecieron algunas señoras principales y "comadres",—están de acuerdo los manuscritos y el Padre Rosales.

Hecha una confesión general con el obispo, y firmada una declaración formal ante escribano, por Doña Catalina, el prelado, el Padre Ferrer, las "comadres" y las señoras principales de Huamanga que habían intervenido, vistieron al ex-alferéz Alonso Díaz Ramírez de Guzmán con hábito de monja clara y la llevaron en solemne procesión, extraordinariamente concurrida como es de suponer, al convento de Santa Clara; el Ilustrísimo Prelado, bajo palio, llevaba a su lado a la monja, rodeados por todas las autoridades reales, por el Cabildo, por las órdenes religiosas, y en fin, por cuanto de significación había en Guamanga.

La procesión, es decir, el palio no pudo entrar al templo porque era materialmente imposible a causa de la apretura de la gente; su ilustrísima y Doña Catalina entraron por la portería del convento, mediante la intervención de los alguaciles.

Una vez en el templo, la comunidad ento-

nó el Te-Deum y después el Reverendo obispo predicó un sermón que hizo época. Terminada la ceremonia, Doña Catalina de Erauzo penetró al claustro, a esperar las cartas que fueron pedidas al convento de San Sebastián el Antiguo, de Guipuzcoa para establecer si Doña Catalina había sido o no monja profesa.

Ocurrieron estos hechos a fines del año 1619.

El obispo Carvajal falleció repentinamente a mediados de 1620 y habiendo llegado a Lima la noticia de estos acontecimientos maravillosos ocurridos en Guamanga, el Virrey Príncipe de Esquilache y el Arzobispo Lobo Guerrero dispusieron que Sor Catalina fuera trasladada a la ciudad de los Reyes. Hacemos gracia al lector de contarle la curiosidad que despertó la monja en Lima. Dícese que fué llevada a Palacio y presentada al Virrey, a la Audiencia y a la nobleza.

Sor Catalina fué instalada en el convento de la Santísima Trinidad y allí estuvo dos años cinco meses, es decir hasta que llegaron los papeles que declaraban haber sido solamente novicia y no monja profesa en San Sebastián, y por lo tanto, ser libre. Doña Catalina resolvió entonces volver a España, y para realizar este viaje, que lo emprendió el año 1624, fué ayudada por las autoridades reales y eclesiásticas, que le prestaron toda clase de atenciones.

De Lima pasó a Guamanga, a Santa Fe de Bogotá, navegó el río Magdalena y llegó a Zaragoza de Santa Marta. Allí embarcó en el galeón San José, capitán Andrés de Otón, atravesó el Atlántico y desembarcó en Cádiz el 1.º de Noviembre de 1624. Ya en el buque había cambiado su traje de mujer por el de soldado; de modo que al llegar a Cádiz una gran poblada la siguió por las calles para ver a la nuevamente "monja alferéz".

Su estada en América había durado, meses más o menos, diecisiete años, de los cuales, en Chile estuvo cuatro.

La celebridad de Doña Catalina en España fué grande. Su Majestad Felipe III la recibió en audiencia y le otorgó una real cédula para que pudiese pasar de nuevo a América y una pensión de quinientos ducados al año.

Antes de salir con rumbo a México—donde fijó su residencia y murió—fué a Roma y obtuvo la gracia de ser recibida por Su Santidad el Papa Urbano VIII. El célebre pin-

tor italiano Francesco Crescencio, le hizo un retrato.

El escritor véneto Pietro della Valle, en una de sus cartas a Schiapano, describe así la figura de Doña Catalina—que ya usaba el nombre de Antonio de Erauzo, que no abandonó hasta su muerte:

“Ella es de estatura grande y abultada para
 “mujer, bien que por ella no parezca no ser
 “hombre. No tiene pechos: que desde muy mu-
 “chacha, me dijo haber hecho no sé que reme-
 “dio para secarlos y quedar llanos, como de
 “quedaron, el cual fué un emplasto que le dió
 “un italiano que cuando se lo puso le causó
 “gran dolor. De rostro no es fea pero no her-
 “mosa y se le reconoce estar un tanto maltra-
 “tada, pero no de mucha edad; los cabellos son
 “cortos y negros; viste de hombre, a la espa-
 “ña; trae espada bien ceñida, y así la vida;
 “la cabeza un poco agobiada, más de soldado
 “valiente que de cortesano. Sólo en las manos
 “se la puede conocer que es mujer, porque las
 “tiene abultadas y carnosas y las mueve algo
 “como mujer.”

Antes de abandonar la Península en 1630, el gran pintor español Pacheco, le hizo el retrato que reproducimos. Arriba se lee:

El alferez doña Catalina D. Herauzo Nd. S. Sebastián. aedatis sue 52 Anno. Anno 1630. Aquí se advierte otro error. Si el retrato

se hizo en 1630, Doña Catalina tenía 38 años, pues nació, como ha visto el lector, en 1592.

Doña Catalina salió para Nueva España en la segunda mitad del año 1630, pensionada, como ya dijimos, con una encomienda de quinientos ducados en premio de sus servicios, y con una real cédula que decía:

“El Rey. Mis presidentes y jueces oficia-
 “les de la Casa de Contratación de Sevilla:
 “yo os mando que dejéis pasar a la Nueva
 “España al alferez doña Catalina de Erauzo
 “que vino de las provincias del Perú,
 “sin le pedir información alguna. Fecha
 “en Madrid, a 12 de Julio de 1628.—Yo, el
 “Rey.”

Don Diego Barros Arana, refiriéndose al fallecimiento de Doña Catalina de Erauzo, dice:

“En uno de los viajes que hacía entre
 “Vera Cruz y México, cayó enferma en
 “Cotastla, cerca de Orizaba. Allí falleció
 “cristianamente el año 1650, a los 58 de
 “su edad, y a los 75, según la pretendida
 “autobiografía de Ferrer. Sepultóse la sun-
 “tuosamente y sobre su tumba hizo poner
 “un epitafio honorífico el virtuoso Palafox,
 “Obispo de Puebla”.
 “Aquí yace una mujer valerosa y cris-
 “tiana”.

